

EL FRACASO DE UNA UTOPIÍA



Fernando Paz

EL FRACASO DE UNA UTOPIÍA

Historia de los crímenes comunistas

ALTERA

Primera edición: junio 2010

© Álera 2005, S. L.
© Fernando Paz

ISBN: 978-84-96840-98-0
Depósito legal: B-26825-2010

ÁLTERA
Trafalgar, 10, 2.º 1.ª
08010 Barcelona
Tel. 934 519 537
Fax 934 517 441
editorial@altera.net
Impreso en España por Novagràfik, S. L.

SI DESEA RECIBIR INFORMACIÓN SOBRE LAS NOVEDADES
DE ÁLTERA, ENVÍE UN CORREO SIN TEXTO A LA DIRECCIÓN:
boletin@altera.net

ÍNDICE

NOTA PREVIA	7
PRÓLOGO	
Los genios del Terror.....	11
La URSS	
La vida privada y los niños	27
La religión y el sexo	48
La purga del Ejército Rojo	76
Los campesinos	96
La tortura	109
Miscelánea caníbal	129
Tras las murallas del Kremlin	151
Los intelectuales y la Unión Soviética	183
CHINA	
Los antecedentes	253
Las Cien Flores	262
Comienza la matanza en serie	266
El Gran Salto Adelante: la mayor hambruna de la historia	272
La Revolución Cultural	290
CAMBOYA	
Las campanadas del Año Cero	321
Angkar Leu: el país de los muertos	334
El poeta ante la hoja en blanco	351
BIBLIOGRAFÍA.....	361



NOTA PREVIA

A fines de 2009 celebramos el vigésimo aniversario de la caída del Muro de Berlín. La verdad es que, salvo muy contadas y honrosas excepciones, la efeméride se ha agotado en anécdotas, en relatos pormenorizados de ésta o de aquella circunstancia, o en análisis puramente epidérmicos, que le han permitido al secretario general del PCE (Partido Comunista de España) escapar indemne tras afirmar que «los comunistas no tienen que pedir perdón por nada».

La circunstancia no es nueva. Entre 1997 y 2000, los comunistas franceses y los italianos habían rechazado en sus Parlamentos la condena de los crímenes en la Unión Soviética, negativa a la que se habían unido los socialistas. La razón aducida era que, hubiesen hecho lo que hubiesen hecho los comunistas, lo cierto es que habían sido los aliados de la democracia a la hora de derrotar al III Reich de Hitler. Esto, al parecer, les exoneraba de cualquier crimen que cometieren en el pasado. La prensa de izquierdas en ambos países aplaudió la decisión (y una parte de la de derechas; en todas partes cuecen habas).

En pleno 2010, los retratos de Stalin han llenado las calles de las ciudades rusas con motivo del 65º aniversario de la victoria sobre Alemania en la Segunda Guerra Mundial. Numerosas estatuas de Lenin y de Stalin aún siguen en pie en el país. El retrato de Mao preside la plaza de Tiananmen en Pekín y Pol Pot murió sin que ningún tribunal internacional le condenara por el genocidio más brutal y proporcionalmente más sangriento de la historia de la humanidad. En estas condiciones, el que ciertos adolescen-

tes, jóvenes y no tan jóvenes lleven impreso en sus camisetas el rostro de un asesino como Che Guevara es, sin duda, un asunto de menor calado.

En España la situación no es mejor. En los últimos años hemos asistido a una burla de la historia perfectamente orquestada desde el poder, que ha desembocado en una manipulación de colosales dimensiones desde el triple frente político-mediático-judicial. La deserción por cobardía de aquellos que debieran haber puesto freno a tales desmanes, ha facilitado extraordinariamente que el gigantesco proceso de mistificación se encuentre a punto de coronar con éxito su *orwelliana* labor.

Así, hemos asistido a la impostación de las Brigadas Internacionales como «luchadores por la libertad», reverberando los ecos propagandísticos de la Internacional Comunista de los años treinta sin rebozo alguno. Se han tributado homenajes a mediocres poetastros con espantosos crímenes a sus espaldas y se ha ensalzado a asesinos nonagenarios cuyos crímenes —cometidos bajo otras banderas— han llevado a muchos otros al cadalso. Y hasta se han emponzoñado las fuentes mismas de la Justicia para obtener sentencias previamente establecidas.

El 10 de marzo de 2010, el Congreso de los Diputados rechazó una iniciativa de los nacionalistas catalanes de CiU para que se incluyera la matanza de varios millones de campesinos ucranianos —conocida como *Holodomor*— en los textos escolares. Pese a que mediaba una recomendación de las Naciones Unidas en ese sentido, el gobierno socialista se posicionó junto a los demás grupos de izquierda para rechazar la propuesta ya que «no es el Parlamento el foro en el que debe sustanciarse cuál deben ser los contenidos del currículo escolar» (sic).

Es claro que las palabras del secretario general del PCE, cuando aseguraba que los comunistas no tenían de qué arrepentirse, estaban pronunciadas en la convicción de que los comunistas, hoy como ayer, siguen disfrutando de patente de corso para hablar y obrar a su entera conveniencia. El blindaje que les proporcionan los distintos grupos de la izquierda más *respectable* —muchos de los cuales fueron sus víctimas en un pasado no muy lejano— les faculta para todo tipo de desplantes, como sólo pueden acometer aquellos que circulan por el planeta con absoluta carencia de referentes morales.

Este libro viene a recordar que, si los comunistas tienen razón cuando se niegan a ser comparados a los nacionalsocialistas alemanes, es porque su

ratio de crímenes es entre diez y quince veces superior a la de éstos. Que involucran dichos crímenes en los consabidos buenos propósitos milenaristas, no sólo no les exime de su responsabilidad, sino que aún la agudiza, porque añade al delito la mentira.

La enormidad de los crímenes comunistas deja sin aliento. En la *Kampuchea democrática*, los cálculos sobre las matanzas de Pol Pot oscilan entre un cuarto y un tercio de la población, en un país de unos siete millones de habitantes (1975). En la URSS, Stalin confesó diez millones de campesinos muertos sólo en el proceso de colectivización. En China, las víctimas del Gran Salto Adelante (la mayor de las operaciones de este estilo emprendidas por Mao, pero no la única) ascienden seguramente a unos 38 millones. El total de víctimas del comunismo puede superar los cien millones, según indican todas las pruebas y declaraciones de los ejecutores.

Decía Stalin que la muerte de un hombre es una tragedia, y la de un millón, estadística. En cierto modo, no se puede dejar de estar de acuerdo con él. Por eso, para que la crudeza de la realidad cuantitativa deje paso al drama humano que se esconde detrás de cada una de las víctimas, no ha querido el autor construir una gran tesis sobre el comunismo o rehacer una interpretación de éste. Ha preferido centrarse en la singularidad del crimen comunista, situando al lector en un entorno lo más preciso posible, e iluminando la sobrecogedora y sombría realidad que padecieron muchos cientos de millones de seres humanos con numerosos testimonios personales.

El ser humano, hasta la irrupción del comunismo, había eliminado a sus enemigos en la convicción de su peligrosidad. Sentimientos como la bondad, la empatía y la piedad tendían a evitar el enseñamiento, la aniquilación completa y el exterminio, aún cuando, claro está, no siempre esto era posible en todos los casos.

Con la aparición de la mutación comunista y la erradicación de los supuestos sobre los que se había construido la civilización, surgió la perversa práctica de la invención de enemigos a fin de tener alguien a quien eliminar. Nunca ningún gobernante, antes o después, había emprendido una guerra generalizada de tales características contra su propio pueblo. Y menos con la crueldad, la extensión y la perseverancia con las que los comunistas lo hicieron. Y de esa guerra contra su propio pueblo, es, precisamente, de lo que trata el libro.



PRÓLOGO

LOS GENIOS DEL TERROR

Si Felix Dzerzhinsky hubiese creído en Dios, seguramente habría sido elevado a los altares. Como alguno de sus ilustres compañeros de aventura revolucionaria, durante su juventud sopesó seriamente la posibilidad de convertirse en sacerdote, en su caso de la Iglesia católica. Su entrega incondicional a la causa, su dedicación sin descanso, el ascetismo de su conducta, la extrema frugalidad de sus costumbres: todo ello hubiese hecho de él un excelente candidato a la imitación de Cristo. Se decía, y se decía bien, que podía pasar semanas enteras sin dormir, tumbado apenas unos breves minutos al día sobre un camastro de dura madera. Se olvidaba de comer, sin hacer del ayuno un propósito en sí mismo, sólo porque no quería restarle un segundo de actividad a su mesiánica tarea, y hasta había roto con su familia para que nada perturbara la implacabilidad de su labor. Pero Félix no creía en el galileo; creía en Lenin.

A simple vista, cualquiera hubiera dicho que su ascendencia era judía: la frente despejada y la nariz aguileña conspiraban para fisonomizarle como hebreo —al modo de no pocos de entre sus correligionarios—, en un país en el que profesar la ley mosaica era cualquier cosa antes que ventajoso. Dzerzhinsky, sin embargo, no era judío, sino polaco, vástago de una rica familia aristocrática a la que abandonó en su temprana juventud para dedicarse a reparar las injusticias sufridas por los oprimidos.

Visitó las cárceles zaristas en distintas ocasiones, sumando una docena de años de encierro en el periodo comprendido entre 1897 y 1917. Las vísperas revolucionarias de Octubre le encontraron en un penal de Moscú,

castigado por su insistencia en desafiar la autoridad —por lo demás, considerablemente laxa— del gobierno de Nicolás II. Había conocido el exilio en el extranjero, huyendo de las condenas que los tribunales zaristas imponían en forma de destierro; marchándose a Berlín. La clandestinidad, añadida a su natural inclinado a la más extrema radicalidad, hizo de él un ser fríamente cruel.

Pese a que el orwellianismo revolucionario reescribió violentamente la Historia a conveniencia del poder soviético, la realidad es que los bolcheviques, como el propio Lenin había expresado abiertamente, no creían que llegarían a ver el triunfo de la revolución socialista. Rusia era un país atrasado en términos marxistas, predominantemente campesino, religioso y de mentalidad rural y conservadora. Algunos de los habitantes de su imperio incluso ignoraban que la capital se encontrara en San Petesburgo y, en todo caso, estaban demasiado lejos de todas partes como para tomárselo en serio. No había apenas proletariado, si comparamos la cantidad de población que se dedicaba a menesteres industriales con la que vivía en las provincias dominadas por las «supersticiones de la Iglesia ortodoxa y su pesada carga de oscurantismo». Para los marxistas rusos —como para los del resto de Europa— serían las masas trabajadoras alemanas las encargadas de prender la chispa, ya que el Reich era el país más industrializado del continente; y su partido socialista, el mejor organizado. La revolución en Rusia, fruto de las inevitables contradicciones del desarrollo capitalista, debía esperar tiempos mejores; no era posible construir el socialismo en un país agrícola y de mentalidad medieval.

¿O sí? Muchos años más tarde, este debate marcaría la pugna por el poder entre las distintas facciones bolcheviques. Trotsky formularía algunas sugestivas teorías al respecto que, pasada la mitad del siglo XX, se revelarían certeras. Bujarin trataría la cuestión, acaso, con unas dosis de humanitarismo que estaban de sobra en las manos de quienes cincelaban la historia como blanda cera. Y, sobre ellos, Stalin ejecutaría de modo implacable la tarea de levantar una Rusia como no habían conocido los siglos.

Pero en agosto de 1917, el asunto estaba claro. La Revolución tardaría en ver la luz; los miembros del partido apenas tenían nada que añadir. Ciertamente una escisión del partido socialdemócrata —los mencheviques—, sostenía la necesidad de propiciar previamente el desarrollo industrial suficiente como para hacer viable la revolución; los bolcheviques no eran

tan ingenuos. Si se presentaba la ocasión de tomar el poder, no se dejarían amilanar por consideraciones de orden teórico. De esta forma, existía una animada controversia en el seno del partido bolchevique a cuenta de este asunto. En Petrogrado —que había reemplazado la germánica denominación, anterior a la guerra, de San Petesburgo—, apenas nadie defendía la necesidad de apropiarse del gobierno por la fuerza: tal posibilidad parecía algo completamente irreal.

Esa casi total ausencia de partidarios de la sublevación entre los bolcheviques contaba, sin embargo, con su excepción. Parecía difícil de sostener la idea de que en la Rusia de los campesinos se pudiera edificar el estado socialista. Sobre tales cimientos, el fracaso era seguro. Sin embargo, un hombre encontró la resolución de tal problema de la forma más natural: este era, precisamente, Dzerzhinsky. Entusiasmado con las jornadas que vivía el país tras la revolución liberal de febrero, se enzarzó en una agria discusión con el camarada Abramovich. El quid de la cuestión radicaba en que había demasiados campesinos; la Revolución Industrial estaba adquiriendo un volumen nada desdeñable, pero la emigración que la hacía posible era demasiado reciente como para que las masas obreras hubieran desarrollado su conciencia de clase. Mientras la proporción entre los campesinos y la población proletaria urbana siguiera siendo tan desfavorable para estos, la Revolución era una quimera.

Empuñando la espada con la que deshacer el nudo gordiano, Dzerzhinsky se permitió pensar en voz alta ante Abramovich: «¿Y si modificásemos la correlación de fuerzas, digamos... sometiendo o exterminando a determinadas clases sociales?».

Alguien podría haber supuesto que se trataba de una consideración de orden meramente teórico, de no haber sido porque el curso de la Historia les daría la oportunidad de mostrar —a él y a los bolcheviques—, que no había un ápice de exageración en sus palabras.

Felix Dzerzhinsky, como creador de la Cheka, no dejaría lugar a la duda.

*

El coche, con los faros encendidos, cruzó a toda velocidad el puente sobre el Moskva, justo donde el río fluye frente a las murallas del Kremlin. A la tenue luz de las escasas farolas, las aguas se veían anaranjadas y quietas, represadas por la delgada capa de hielo que aún persistía en los últimos

días de marzo de 1937. Los frenos chirriaban en cada curva, la carrocería se hundía bajo el peso de seis fornidos agentes.

Abrir una puerta cerrada no era precisamente un problema para unos oficiales de la GPU. Tenían la dacha de su anterior jefe a su disposición durante cinco días. Yagoda iba a ser detenido en unas horas, a media mañana del día siguiente, y esa noche se encontraba en su apartamento del Kremlin. No era una misión rutinaria, desde luego: le habían sido asignados dos tenientes y dos capitanes y, al frente de los cuatro, se había situado a uno de los matarifes más destacados de la Unión Soviética: Frinovski.

Frinovski, escogido de entre los más cualificados sicarios de Stalin, era uno de los altos responsables de la GPU. Sabía cómo proceder. Su eficacia había sido bien probada, y jamás había fallado. El propio *Vozhd* le había comisionado algunos asuntos especialmente duros: el jefe no olvidaba que él había sido quien erradicara las rebeliones nacionalistas que habían tenido lugar durante la campaña de aniquilación de los *kulaks* seis años atrás. Destinado al sur, tras apenas unos meses de actividad en el Cáucaso y la zona del Don, Frinovski pudo notificar a Moscú que la operación había concluido y que el único inconveniente que había que lamentar era la obstrucción del curso de las aguas que desembocan en el mar Caspio debido al amontonamiento de cadáveres.

Pero el responsable último de la operación era el comisario de Asuntos Internos, Yevgeni Yagoda. Hebreo y, por tanto, perteneciente él mismo a una de las minorías de la Unión Soviética, Yagoda sabía bien cómo atizar el odio étnico. Amalgamando el odio de clase con el recelo racial había creado una situación explosiva en el avispero caucásico, que se había extendido como una mancha de aceite a Ucrania y a Kazajistán.

Gracias a él, el gobierno soviético estaba alcanzando grandes éxitos en la guerra contra el campesinado para 1930. Los empobrecidos campesinos ucranianos —a quienes se les había arrebatado todo— odiaban a los cosacos que, a su vez, habían sido depurados y empaquetados hacia el norte; la caza del checheno y del tártaro se había generalizado en toda la zona. Más al este, unos dos millones de pastores kazajos pasaron la frontera china al frente de sus rebaños, dejando libre el terreno, listo para ser colonizado y modernizado de acuerdo a los presupuestos del Plan Quinquenal. La más absoluta de las ruinas que siguió a esta medida no disminuyó la importancia del éxito obtenido con la despoblación.

Además, Yagoda había hecho su trabajo de tal modo que podía exponer con satisfacción los resultados de sus campañas: con 140.000 arrestos, había duplicado la cuota de detenciones y la cantidad de grano requisada sugeridas por el Comité Central. Los considerados como campesinos ricos, los *kulaks*, sencillamente habían desaparecido; el resto del campesinado estaba tan empobrecido que hasta les parecía bien pasar a formar parte de una granja colectiva.

Pero eso había sucedido en 1930. Siete años después, Frinovski, el mamporrero de Yagoda, dirigía la investigación sobre el terreno contra su antiguo jefe.

Ese 29 de marzo de 1937, los cinco oficiales saqueaban con toda tranquilidad la dacha de Yagoda, uno de los dos lujosos apartamentos de los que disponía en Moscú, sin que siquiera se guardara el trámite de la recepción de la orden transmitida por el Politburó. Había prisa.

Todo el mundo sabía que Yagoda tenía sus propios gustos, algunos muy particulares, pero lo que allí encontraron sobrepasó las expectativas más optimistas. El recuento de los enseres que almacenaba entre sus tres inmuebles resulta de lo más revelador: en primer lugar, aquel hombre, que perseguía encarnizadamente a todo el que poseyera producto extranjero alguno, disponía de una enorme cantidad de artículos foráneos. Los encargados de realizar el recuento sonrieron: la cosa prometía.

Lo primero que llamó la atención de los oficiales de la NKVD fue el fetichismo que revelaba la ropa femenina que guardaba en sus armarios. De las diecisiete prendas de abrigo que poseía, la mitad era de procedencia extranjera. Abrigos de astracán, de foca, de ardilla... contaron 130 pares de lujosas medias femeninas de procedencia occidental; 113 prendas para tocarse la cabeza, entre sombreros y boinas; numerosos bolsos; cinturones; trajes de mujer; setenta pares de mallas de seda; casi sesenta blusas; setenta camisones...

Además, disponía de otro tipo de artículos: se le encontró una colección de once películas pornográficas, casi cuatro mil fotografías del mismo estilo y un consolador de goma. A nadie le extrañó en exceso. No en vano, Yagoda tenía una merecida fama de erotómano y mujeriego. Sin embargo, su fetichismo no terminaba ahí: el jefe de la policía política guardaba en una repisa las balas extraídas de los cerebros de los herejes bolcheviques Zinoviev y Kamenev, debidamente clasificadas.

Casi exactamente un año más tarde, el 15 de marzo de 1938, Yagoda fue fusilado en la Lubianka. A su ejecución acudió Yezhov, su sucesor, quien, completamente borracho, se ensañó con el antiguo jefe del NKVD antes de pegarle un tiro. Así ajustaban cuentas los viejos bolcheviques.

*

La figura de Yezhov fue aupada por Stalin a partir del XVII Congreso, aunque en ese momento no tuviera muy claro lo que quería hacer con él. Del Congreso de los Vencedores salieron tanto él como Beria, pero mientras este era ya familiar en los ambientes de la policía y de la política del Ministerio del Interior, Yezhov era un semidesconocido que, en general, no resultaba especialmente desagradable para nadie.

Bajo su aspecto inofensivo y hasta afable, en Yezhov acechaba un monstruo fanático y ambicioso dispuesto a cualquier cosa. Desde 1930 y hasta diciembre de 1934 fue jefe de personal del Comité Central, puesto más burocrático que otra cosa. De pronto, tan significativa como inopinadamente, Stalin se lo llevó a Leningrado con motivo del asesinato de Kírov, y él se quedó allí para dirigir las investigaciones. Unos meses después, heredaba el puesto del propio Kírov en el Comité Central. Yezhov tenía motivos para creer que Stalin verdaderamente confiaba en él: años atrás había sido reclamado de un puesto anodino en Kazajstán para ocupar el cargo de segundo en el Ministerio de Agricultura, donde se había convertido en los ojos y los oídos del *Vozhd*, y ahora parecía continuar su imparable ascenso.

Pese a que era lituano de nacimiento, hablaba ruso con acento de Leningrado que, aunque no era lo más recomendable del mundo en la Unión Soviética de Stalin, al menos neutralizaba su ascendencia foránea. Las habilidades de Yezhov no eran solo idiomáticas: se trataba de un gran bailarín, pese a ser cojo, y de un excelente cantante y guitarrista, que servía ocasionalmente de bufón en las enloquecidas orgías alcohólicas que se celebraban en la corte de Stalin, tras los severos muros del Kremlin.

Hasta su nombramiento al frente del NKVD, Yezhov estaba considerado como un hombre modesto y servicial, siempre dispuesto a colaborar en aquello para lo que se le requiriese. Desde luego, por temperamento, no cabía duda de que jamás sería un rival de cuidado para los grandes jefes; con él, la información estaba en buenas manos. Venía, además, avalado por Kaganovich, quien le había patrocinado en sus ascensos, bien

que con el beneplácito de Stalin. Incluso alguien tan precavido y con reputación de moderado como Bujarin era amigo de Yezhov.

Yezhov padecía numerosas enfermedades, sobre todo de carácter nervioso, así como tuberculosis, eccemas, ciática, psoriasis y, muy frecuentemente, anginas. Algunas de estas enfermedades también tenían una naturaleza nerviosa, con toda seguridad, y se irían acentuando a lo largo de los años que estaban por venir. El propio Stalin terció en numerosas ocasiones a fin de que Yezhov —que, por lo demás, era un trabajador compulsivo— se tomase unas vacaciones, pero él procuraba evitar las ausencias de Moscú; en el mundo conspirativo de los bolcheviques, abandonar la guardia, aunque fuese por unos pocos días, podía suponer algo más que la pérdida del puesto de trabajo.

Yezhov trataba, pues, de convertirse en imprescindible. Su personalidad, plena de energía y dinamismo, impregnó la estructura de la policía política y del partido por toda la unión. La eliminación de «enemigos del pueblo» deseada por Stalin fue ampliamente satisfecha por Yezhov que, al enfatizar el deber de las delegaciones del Partido en las distintas provincias de desenmascarar traidores, desató una carrera frenética de denuncias, hasta el punto de que solo pudo ponerse punto final a la locura mucho más tarde, aniquilando al propio Yezhov y a sus sicarios.

Tal despliegue de actividad tenía su coste personal. Yezhov fue sumergiéndose en un universo alcohólico en el que ya no distinguía el día de la noche. Su vida personal siempre había sido un verdadero desastre, pero las responsabilidades al frente de la NKVD resultaron ser demasiado. Por otro lado, caben pocas dudas sobre las capacidades de Yezhov: no fue elegido para el puesto por su desbordante personalidad o por su espíritu de iniciativa, sino por su frenesí activista. Aunque su formación académica resultaba muy básica, era capaz de pasarse días enteros sin dormir antes de dejar un problema sin resolver.

Vestía muy modestamente, con trajes raídos y uniformes deshilachados sobre su raquítico cuerpecillo, lo que contribuía a hacerle más simpático a los ojos de sus compañeros. En modo alguno traslucía la ambición que le dominaba. Con sus subordinados era rudo en extremo; tanto como obsequioso con sus superiores y hasta con sus iguales. Cuando tenía que arreglar cuentas personales solía desahogarse golpeando cruelmente a sus víctimas. Estar al frente de la NKVD le permitiría extender estas prácticas a los otrora jerarcas de la policía o del partido, lo que sin duda le proporciona-

ba un placer añadido: su entusiasta participación en ejecuciones y torturas dejan poco lugar a la duda.

A su repugnante personalidad había que añadirle el singular hecho de medir un metro y medio (1,51 metros, para ser exactos), lo que le valió el previsible sobrenombre de «enano», que normalmente se acompañaba de algún adjetivo escasamente laudatorio; en todo caso está bien claro que se trataba de un hombre zafio en extremo, hasta el punto de resultar ciertamente difícil encontrar en él algo de dignidad. Por ejemplo, uno de sus pasatiempos favoritos consistía en organizar competiciones de pedos entre sus comisarios, en las que vencía el que desplazase más lejos la ceniza.

También es posible que la tradición familiar hubiera condicionado su evolución, dado que su padre era administrador de un burdel, o puede que se tratase de una inclinación puramente personal; pero Yezhov era un verdadero sátiro, un auténtico enfermo sexual, incapaz de rechazar una relación, del tipo que se tratase. Nada le importaba que el objeto de sus deseos fuese hombre o mujer. Tuvo por amante a uno de los viejos bolcheviques, nada menos que Goloschekin, quien había participado en el asesinato de la familia del zar. En etapas anteriores había pasado por el catre de innumerables soldados, e incluso había compartido unas cuantas sórdidas experiencias con algunos compañeros aprendices de sastre, allá por los días de su primera juventud.

Otro de sus pasatiempos era organizar orgías con prostitutas, lo cual le permitía mantener relaciones múltiples al mismo tiempo, una de sus obsesiones. No dudaba en incluir a su mujer, Antonina Titova, en sus perversos juegos sexuales. Ella, infinitamente más cultivada que él, aprovechaba las fantasías de Yezhov para dar rienda suelta a sus frustraciones de todo tipo y buscar relaciones por su cuenta con otros hombres que pudieran satisfacerla más en todos los planos.

En el verano de 1930, Antonina, mientras leía *El Capital*, gozaba sobre una tumbona de las atenciones sexuales de los bolcheviques que paraban por el balneario en el que la pareja Yezhov disfrutaba las vacaciones. Su marido, entretanto, se dedicaba a asediar a todas las mujeres que se ponían a tiro, contento de que otros se ocupasen de las necesidades fisiológicas de su desbordada esposa. Allí, entre otras, conoció por casualidad a Yevgenia Feigenberg, judía rusa de escasas luces pero hermosa y tan promiscua como el propio Yezhov, por quien finalmente dejó a Antonina.

Había tratado a muchas mujeres, pero ninguna había resultado tan incansablemente apasionada por el sexo como Yevgenia, de modo que resolvió divorciarse de su esposa y casarse con su nueva compañera de juegos.

Yevgenia tenía aspiraciones literarias, y se había especializado en escritores. En realidad era una especie de cazadora de estrellas —al estilo soviético, desde luego— con algunas maneras occidentales, adquiridas en sus salidas al extranjero; en 1927, tras un viaje con su anterior marido, destinado en la embajada de la URSS en Berlín, decidió quedarse allí de mecanógrafa. Durante su estancia en la capital alemana conocería a Isaac Babel, a quien seduciría fácilmente, aunque probablemente Babel creyese ser él el seductor. El autor de *La Caballería Roja* mantuvo su relación con Yevgenia durante un par de años en los que ella, desde luego, no perdió el tiempo. A finales de 1928 estaba empleada en *La revista de los campesinos*, notoria publicación moscovita dirigida por el famoso Uritski. Babel abandonó en 1929 la relación que mantenía con Yevgenia y ya no volvió a encontrársela hasta que supo, avanzados los años treinta, que se había casado con Yezhov. Se trataba de su tercer matrimonio.

Después de su ascenso, Yezhov se ganó el apelativo de «enano sangriento» y «enano venenoso» (si bien Stalin le conocía como «el Morita»), pero lo cierto es que todo el mundo vio con buenos ojos su promoción. Al trabajar en la dirección de lo que Stalin demandaba, Yezhov parecía castigar a los culpables, ejecutando a quienes lo merecían. En parte era cierto, ya que las listas que Yezhov presentaba a Stalin estaban encabezadas por un párrafo que rezaba: «Están siendo objeto de investigación las personas siguientes [...]». Las actas que nos han llegado, comentadas por Stalin rezan: «Déjense de investigaciones. Arresten».

*

En el otoño de 1937, unos amplios camiones en los que se leía «Pan» giraban en torno a Moscú. Daban vueltas de un lado al otro de la ciudad, como si estuvieran haciendo tiempo. De vez en cuando asomaba alguno por una esquina y, haciendo un ruido infernal, embocaba la avenida con lentitud. No estaba claro que se dirigieran a ningún sitio en concreto. Acostumbrados a no preguntar, y ni siquiera a preguntarse, los moscovitas los veían pasar, sin sospechar su cargamento.

Moscú, considerando toda la provincia, tenía tres veces más población que la siguiente ciudad de la URSS, Leningrado. Para la NKVD era espe-

cialmente oneroso cumplir las ejecuciones encomendadas, ya que andaba relativamente escasa de medios y, sin embargo, era urgente que así se hiciese. De modo que Yezhov había ideado un método barato con el que, además, se ganaba tiempo: consistía en apilar desnudos, en la parte de atrás de un camión, a los prisioneros destinados al exterminio, atados los unos a los otros. A mitad del recorrido, a través de unos manguitos que conectaban con la parte trasera —en la que se encontraban los presos—, comenzaba a bombearse gas hasta que se inundaba por completo el compartimiento. En unos minutos, todos estaban muertos; el camión con la macabra carga se dirigía entonces a las fosas comunes. Habían muerto de camino.

Yezhov no había sido el primero al que se le ocurrió emplear el gas para eliminar masivamente a los enemigos, desde luego. Es ampliamente conocido que Adolf Hitler había escrito en 1924 acerca de las consecuencias beneficiosas que traería el empleo del gas para tratar a los judíos; pero en 1937 aún no había nadie que lo hubiese utilizado. Sin embargo, su uso no era ajeno a las intenciones comunistas. En la temprana fecha de 1927, el compañero de viaje Kurt Tucholski, pacifista de izquierdas, escribía en *Die Weltbühne* sobre lo deseable del exterminio de las clases altas, en inequívocos términos de odio, a través de un goteo de imágenes sangrientas: «¡Que el gas penetre en los cuartos donde juegan sus hijos! Que se vayan desplomando lentamente esos muñequitos. Deseo una muerte difícil y dolorosa a la mujer del consejero eclesiástico y a la esposa del editor, a la madre del escultor y a la hermana del banquero, a todas ellas. Porque quieren que las cosas sigan así. Porque son perezosas [...]».

Los comunistas nunca habían hecho un secreto de sus intenciones genocidas, pero pocas veces habían expuesto con tanta crudeza el resentimiento y el odio que les consumía.

Stalin no lo hizo solo. Contó con la colaboración de millones de seres humanos y, por encima de todos ellos, de los secuaces establecidos en los alrededores del poder. Tras las murallas del Kremlin, una pandilla de sicarios serviles y aterrorizados, a partes más o menos iguales, convivían con el monstruo, le adulaban, se humillaban hasta ofrendarle sus vidas en holocausto y pugnaban entre ellos por obtener sus favores. Stalin era el árbitro absoluto de la vida en el Kremlin, exactamente igual que lo era fuera de él. A lo largo de los años, las caras cambiaban con frecuencia al otro lado de los muros de la «Fortaleza», pero nadie preguntaba nunca qué había sido

de aquellos que, de pronto, se ausentaban para no volver. Por supuesto, hubieran temblado ante la sola posibilidad de inquirir por el destino de estos; además, era absurdo hacerlo. Todo el mundo sabía dónde estaban.

A lo largo del cuarto de siglo durante el que Stalin fue el «Amo» absoluto del Kremlin, de la Unión Soviética y del comunismo internacional, una espantosa tiranía se apoderó de las almas más cercanas, conservando sobre ellas un ascendente proporcional a la distancia a la que se hallaban los distintos círculos. Es difícil —si es que siquiera es posible— encontrar posturas más abyectas que las que los esbirros del Amo mantuvieron durante este tiempo. En gran parte, es la historia de una humillación como apenas puede rastrearse en las más sórdidas páginas de la Historia.

Si los bolcheviques no hubieran aspirado a convertirse en una especie de mutación en el seno de la especie humana, muchas de las cosas que sucedieron en los países marxistas habrían sido inconcebibles. Algunas lo fueron para el mundo en su momento, e incluso siguen siéndolo para muchos hoy. La aspiración misma del bolchevique no era sino la de fundirse con el Partido, renunciar a la propia voluntad, inclinarse ante sus decisiones como intérprete único de la Historia. La persona, el individuo, no contaba lo más mínimo. Al contrario, debía acostumbrarse a considerarse a sí mismo como la célula de un cuerpo, que era el partido: del mismo modo que aquel desecha de sí lo superfluo, produce excrecencias y liquida las células que ya no le sirven para generar otras que le ayuden a prolongar su existencia, este lo hace con las personas. No hay nadie imprescindible, y todo el mundo es susceptible de ser eliminado una vez desempeñado su papel. Por esta razón, para muchos bolcheviques la única razón de su existencia era la de hacerse imprescindibles, como en las *Mil y una noches*. Para el bolchevique, no hay verdad ni mentira sino en función de lo que decide el Partido, único intérprete de la realidad, el único que puede definir lo que hay que hacer, creer y pensar en cada momento.

«Un verdadero bolchevique», razonaba un comunista de la vieja escuela, «ha sumergido su personalidad en la colectividad, en el Partido, en grado tal que eso le permite hacer el esfuerzo necesario para liberarse de sus propias convicciones y opiniones [...] Está dispuesto a creer que el negro es blanco y el blanco es negro si así lo requiere el Partido [...]» Las convicciones no solo no eran importantes, sino que constituían un estorbo. Lo moral era aquello que sirviese los intereses de la lucha de clases, así

que cualquier otra convicción, conveniencia u opinión debía plegarse inexorablemente a esta demanda, mejor antes que después. De aquí que, como las conveniencias evidentemente cambiaban con cada coyuntura histórica, todo el mundo era susceptible de ser acusado de haberse posicionado en un momento u otro en contra de la línea del partido. Eso fue algo que Stalin explotó de modo infatigable.

Para un bolchevique, el terror era cosa fácil de administrar. Zinoviev había anunciado su disposición —es decir, la del Partido—, a asesinar a los millones que hiciera falta: «De los cien millones con que cuenta la población de la Rusia soviética, debemos ganar noventa para nuestra causa. En cuanto a los demás, no tenemos nada de qué hablar, hay que exterminarlos». Unos años más tarde, el propio Zinoviev pasaría a engrosar el número de víctimas de la Revolución, que sobrepasaría con mucho el previsto de diez millones.

Los bolcheviques insistían: «Estamos exterminando a la burguesía como clase. No es necesario probar que fulano o zutano contravino los intereses del poder soviético. Lo primero que deben preguntar a un detenido es a qué clase pertenece, qué educación recibió y cuál es su profesión. Estas preguntas decidirán su destino [...]». Quien así hablaba era Martyn Latsis, liquidado, a su vez, durante el Terror de los años treinta.

Indudablemente, tanto a Zinoviev como a Latsis se les aplicó su medicina. Porque no se trataba de que estuvieran bien dispuestos a la aniquilación y la ingeniería social. Incluso de cara al partido, Zinoviev se mostraba como uno de sus miembros más implacables:

Preferimos expulsar a una considerable porción del Partido [...] con tal de lograr un solo y monolítico Partido Comunista; lo preferimos a un «parlamento de opiniones» [...]. Conceder la libertad a las facciones, dentro de un partido que gobierna el Estado, significa libertad para formar gobiernos en embrión y paralelos [...]. La más ligera división de poder significa la ruina total de la dictadura del proletariado.

Y, aprovechando para posicionarse contra los trotskistas, añadiría más tarde:

Si pensáis que ha llegado el tiempo de legalizar las facciones y los grupos decidlo, pues, abiertamente. Creemos que no ha llegado aún,

y no llegará nunca, mientras dure la dictadura del proletariado. No llegará, porque esta concesión significaría la libertad de la prensa y en general la libertad de derechos políticos para las capas no proletarias de la nación.

*

La novedad que incorporó Stalin con respecto a Lenin fue la de purgar el Partido. Todo lo demás estaba ya en Lenin y se practicó en sus tiempos, con su consentimiento, cuando no bajo sus órdenes. Lo que a Stalin le valió la condena del XX Congreso en 1956, tres años después de su muerte, fueron los ataques y las purgas operados en el seno del Partido. Quienes le condenaron entonces habían sido sus colaboradores durante largos años, y eran tan culpables como él mismo.

Stalin no fue más que una consecuencia de Lenin; una consecuencia demandada por el Partido que, en varias ocasiones, pudo haberse desecho de él y, en lugar de eso, le entregó el poder absoluto. El Partido marginó a todos los adversarios de Stalin, permitiendo a este hacerse con el poder. Aunque con posterioridad los comunistas pretendieron presentar a Stalin —tratando de salvar lo salvable— como a un raptor de la Revolución soviética, prístina y virginal en sus intenciones: nada más lejos de la verdad histórica.

La posterior revolución china partió del estalinismo más extremo y llevó los propósitos del bolchevismo más allá de lo que los propios soviéticos habían soñado. Cuando Mao triunfó en China, la URSS estaba desentendiéndose del camino que había recorrido con Stalin; pero eso no desanimó a los chinos, que se aprestaron a tomar el relevo de la dirección del comunismo mundial. Las sucesivas etapas por las que atravesó el gigante asiático desembocaron en la Revolución Cultural, monstruosa decisión de Mao de hacer tabla rasa del pasado chino, y que sería incluso superada por la pesadilla genocida de la Camboya de Pol Pot.

El impacto del totalitarismo marxista en los distintos pueblos sobre los que fue impuesto no tiene parangón en la Historia por sus efectos genocidas. Ninguna ideología y ningún estado han resultado tan mortíferos como el comunismo. Lo que se relata en las páginas que siguen es la paulatina degeneración que marcó la evolución del comunismo desde Lenin hasta Pol Pot, sobre todo en lo que tuvo de específicamente criminal.



LA URSS



LA VIDA PRIVADA Y LOS NIÑOS

Si los ciudadanos soviéticos no viajan no es porque esté prohibido, sino porque no desean abandonar su maravilloso país.

SARTRE

LOS análisis de las víctimas de la Unión Soviética tributan, en cierto modo, una última humillación a sus verdugos al someterse a la obsesión ideológica de estos, la de ser clasificados por clases. Caben, sin embargo, otras tipificaciones, en cierto modo más reales, como en lo tocante a los niños o las mujeres. Sin duda, la manipulación y el sufrimiento a los que fueron sometidos —en especial los primeros— desafían toda lógica y escapan a los criterios esterilizadores habituales de los análisis marxistas.

Es probablemente cierto que, desde el punto de vista del verdugo, el comunismo no fue especialmente cruel con los menores; las condiciones a las que fueron sometidos no eran sustancialmente peores que las del resto de la población. Al verdugo comunista le traía sin cuidado la suerte de los pequeños, y se limitaba a aplicarles idénticos criterios que los que aplicaba al conjunto de la sociedad. Si hoy podemos apreciar una particular crueldad en el trato que se les dio, esta nos remite más bien al punto de vista de las víctimas, insertas en los usos mentales de una civilización acostumbrada a considerar a los niños como bienes que proteger.

En la lógica de un sistema que considera al ser humano como una resultante de las relaciones y modos de producción, la carencia de dignidad del ser humano en cuanto tal alcanza extremos sumamente trágicos. El hombre se convierte entonces en una pieza, en simple parte de un engranaje, sin más valor que el coste de su sustitución.

La actitud ambivalente del sovietismo hacia los niños se justifica en ese extremo, justamente. Como los adultos, los menores fueron tanto víctimas como verdugos; fueron empleados en labores de represión y de espionaje y privados de sus familias, arrancados de su ambiente y convertidos en sicarios. Aún más: incluso en el caso de quienes se convirtieron en verdugos fue necesario que, primero, se convirtieran en víctimas.

Si alguna idea ha permeado el conjunto de la izquierda, es la de la familia como semillero de ideas autoritarias, religiosas y patriarcales. Para los marxistas, el estado y la propiedad tienen su origen en un tipo de mentalidad creada y perpetuada por la familia, célula de la sociedad burguesa y, por ello, objetivo primero de la destrucción socialista. Por lo tanto, hay que enmarcar la actitud de las autoridades soviéticas con respecto a los niños en la más genérica de destrucción de la vida privada, marco necesario en el que se expresa la familia. «La esfera de la vida privada», escribía Lunacharski en 1927, «no puede estar fuera de nuestro alcance, porque es allí, precisamente, donde debe cumplirse el objetivo último de la Revolución».¹

La destrucción de la privacidad fue la consecuencia directa del proceso revolucionario. En el campo, la colectivización arrojó a millones de campesinos a la vorágine de una pretendida modernización agraria que produjo el desorden más extremo, destruyendo un orden construido a lo largo de miles de años, integrando la familia en una unidad superior en la que no se reconocía. Idéntico objetivo se obtuvo en las grandes ciudades como Moscú, en las que sus habitantes disponían de una media de cuatro metros cuadrados por persona en 1949. Se da la circunstancia de que veinte años antes, ese mismo espacio era de casi seis metros cuadrados; es decir, que el régimen había venido restringiendo la disponibilidad de viviendas, y eso que la calidad de las construcciones había sido rebajada notablemente: muchos soviéticos vivían en chozas o en casas de barro y adobe.²

En las ciudades de la URSS el tipo más común de vivienda era el llamado «apartamento comunal». Casi el 75% de toda la población urbana se agolpaba en este tipo de domicilio. El apartamento comunal era un producto típico de la Revolución: en él, varias familias compartían las

1. Geiger, K.: *The family in Soviet Russia*. Cambridge, 1968, p. 61.

2. Overy, R.: *Dictadores*. Tusquets, Barcelona 2006, p. 318.

zonas de uso común, el lavadero, la cocina, el baño y, si tenían suerte, la letrina; en los años treinta, pocos apartamentos disponían de letrinas propias y lo más frecuente era que tuvieran que salir fuera a evacuar. Para el sistema era una buena cosa, ya que incidía en la publicitación de la vida privada de los soviéticos. Además, las autoridades, a partir de 1928, trasladaron masivamente a miembros leales del Partido a los apartamentos en los que residiesen elementos dudosos por su procedencia (por ejemplo, antiguos burgueses) para, de este modo, controlarlos preventivamente. Así, a la vez que se limitaba la vida privada se extendía el control del Estado. Que la vida comunal era un objetivo del Estado soviético y no solamente una adaptación a las circunstancias más o menos lamentables de la época, lo deja claro el que los diseños soviéticos de los apartamentos nuevos preveían letrinas colectivas.³

Una de las consecuencias más notables de esta situación fue que produjo una pulsión a la autoorganización y a la vigilancia, piedra angular de toda sociedad totalitaria. Los habitantes de un inmueble regulaban, por ejemplo, el tiempo durante el que sus vecinos disponían del baño, en el supuesto de que se gastaba demasiada luz. Los mismos motivos de conflicto constituían una razón para acentuar el control social.

Teóricamente, según los bolcheviques, el compartir los espacios debía llevar a esa supresión de la privacidad que transformaría en auténticos comunistas a los individuos. Cuando la gente entendiese que la dimensión común de la existencia era muy superior a la particular, aprenderían a gestionar no sólo los espacios comunes, sino que se volverían más comunitarios en lo respectivo a sus vidas privadas, a las que estarían dispuestos a renunciar en aras del bien común, así como asumirían las responsabilidades de mejor grado. A modo de ejemplo, el hecho de que hubiera que subvenir una gran cantidad de cuestiones comunes, tales como las facturas de gas, electricidad, teléfono, agua, reparaciones, etc., que se pagaban a partes iguales entre todos los habitantes del apartamento, conducía a esa autorregulación comunal.

El Partido había organizado todo un sistema de obligatoriedad de vida en común. No se trataba, obviamente, de algo que se asumiera de modo

3. Tzouliadis, T.: *Los olvidados. Una tragedia americana en la Rusia de Stalin*. Debate, Barcelona 2010, p. 49.

voluntario, sino de un conjunto de actividades que había que desempeñar se estuviese o no de acuerdo. El modo de vida no se elegía; simplemente, en la URSS, no había lugar para la vida privada. Se podía aceptar de mejor o peor talante, pero no había otra posibilidad.

En los apartamentos colectivos, se convocaban reuniones de vecinos —esto es, de quienes vivían en la habitación anexa— para sustanciar cuestiones de todo tipo; una de las causas más frecuentes era para dilucidar la parte individual en el esfuerzo común. Si una responsabilidad individual era muy marcada, entonces seguramente se produjese una reclamación de esa responsabilidad en concreto (por ejemplo, alguien que gastaba demasiado en teléfono); lo cual, a su vez, conducía a que el agraviado se volviese celoso en la supervisión de los gastos de los demás y reclamara la satisfacción de parecidas compensaciones en su beneficio. De este modo, el sistema se reforzaba sobre los pilares de las miserias humanas.

La limpieza de los espacios comunes era rotatoria y, asimismo, existían turnos para lavar la ropa. Igualmente, cada persona tenía asignada una hora determinada por las mañanas para el uso del cuarto de baño. Los vecinos lo sabían todo de los demás, desde los horarios hasta los hábitos higiénicos, pasando por sus gustos culinarios y continuando por sus opiniones. No era difícil: el teléfono estaba situado en el pasillo, de modo que resultaba imposible mantener una conversación de índole privada. Además, las paredes de las habitaciones eran extremadamente delgadas y, en muchos casos, ni siquiera llegaban hasta el techo. La intimidad había desaparecido. Poco a poco, los apartamentos se constituyeron como verdaderas células de la sociedad soviética en sustitución de la familia tradicional. Desde 1929 en adelante, el Estado recabó de los apartamentos comunales el cobro de impuestos, el control de la normativa sanitaria y, por supuesto, la información para la policía sobre la fiabilidad de los moradores del apartamento.

Característicamente, se obligó a que los vecinos designasen a uno de ellos como responsable del apartamento. En principio, se suponía que debía ser elegido por todos. En la práctica, los responsables se autoproclamaban, bien por su personalidad o bien por su posición política, a conveniencia del Partido, naturalmente. En 1933, las autoridades comunistas habían dejado de lado toda pretensión democrática y situaron a los responsables como los únicos autorizados para responder ante ellos; se consagró su tarea como imprescindible y se les dotó de un estatus especial

que les capacitaba para adoptar todas las medidas que creyesen necesarias, de las que, por supuesto, tenían que rendir cuentas ante el Partido. Apenas unos años más tarde la red de informantes se extendía por toda la sociedad soviética. Se convirtieron, en definitiva, en la herramienta clave de las autoridades para ejercer el control político sobre esta.

En esta situación, y con el Partido estimulando a la población a delatar a sus vecinos, las cosas se desbordaron a mediados de los años treinta. Los domiciliados se asomaban sin ningún disimulo cuando alguien entraba invitado a alguna habitación. Si se recibía una llamada —que, recordemos, había que atender en el pasillo comunal— entreabrían la puerta para escuchar la conversación; incluso, cuando marido y mujer discutían, no era infrecuente que un vecino entrase en la pieza para ser testigo de la pelea. Lo mismo sucedía con los excesos con el alcohol o con las explosiones de violencia. El estallido ante la falta de privacidad se trasladó a las propias habitaciones de las familias. En ellas se dormía, los matrimonios mantenían relaciones sexuales, los niños hacían los deberes de la escuela, se recibían las visitas, se jugaba, se comía y se educaba.

La consecuencia no fue el paraíso idílico que los bolcheviques habían previsto, sino todo lo contrario, una especie de infierno cotidiano. El espionaje, la delación, la sospecha se instalaron como norma de relación en las comunidades apartamentales de las ciudades. Los espacios comunes se convertían en zonas de guerra, en las que se discutía por cualquier cosa; en ocasiones, era imposible no hacerlo. La menor ventaja material era vista con envidia, y conducía muchas veces a denunciar al propietario de ese bien a la NKVD. La policía política no se arredraba ante la inmensa cantidad de denuncias de una sociedad degradada por el comunismo, algunas de ellas absurdamente ridículas.⁴

Incluso la gente se volvió más egoísta. Con un cuarto de baño para cincuenta personas, se convertía en algo verdaderamente perentorio asegurarse de que se podrían satisfacer las necesidades propias. Cada uno acudía con su propio papel higiénico y jabón que, por nada del mundo,

4. Figes, O.: *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*. Edhasa, Barcelona 2009, p. 274. El autor recuerda un caso en el que un vecino, por envidia, había recibido la acusación de esconder a Trotsky en el sótano de su casa. Por increíble que parezca, fue enviado a un campo de trabajo por tres años.

prestaba; los bienes de consumo que no podían reintegrarse —como, es obvio, se trata de este caso— tenían en la URSS un valor incalculable.

En las habitaciones, nadie poseía nada. Las escasas pertenencias que allí había eran de todos, y se deterioraban con una relativa rapidez. La socialización alcanzaba los más insólitos terrenos: los adultos apenas podían evitar ser vistos desnudos por los niños o por otros adultos; los soviéticos trataban de crear espacios privados mediante cortinas o desvencijados armarios que interponer entre unas áreas y otras, pero el resultado era, por lo general, más figurado que real. Igualmente virtual era la separación entre las distintas estancias; de modo que la celebración de relaciones sexuales o, simplemente, de conversaciones familiares se volvía algo poco deseable. Las conversaciones sobre política desaparecieron, como era lógico, pero no solo estas: se evitaban un sinnúmero de temas que eran susceptibles de ser malinterpretados o que presentaban algún tipo de conexión con algún aspecto espinoso de la realidad o de la vida. Quienes eran de procedencia burguesa evitaban en toda ocasión referirse a sus familiares para no despertar curiosidad en sus vecinos, y había que estar loco o desesperado para que a alguien se le ocurriera comparar la extrema precariedad de la época en que vivían con otros «tiempos mejores» del pasado.

Lo más curioso de todo este asunto es que el efecto de las medidas a las que obligaba el gobierno soviético fue exactamente el contrario del que, al menos en la teoría, aspiraba a conseguir de sus ciudadanos. El aplastamiento de la individualidad, la castración en la expresión de los gustos, sentimientos y apetencias condujo a una reivindicación de la propia personalidad; la gente no renunció siquiera a la natural tendencia a la propiedad privada y, tras colectivizarlo todo, procedió a su posterior reparto. Por ejemplo, las mesas en los espacios comunes destinadas a la cocina se dividieron efectivamente, perteneciendo cada esquina, cada vértice y cada astilla a cada uno de los vecinos. Lo mismo sucedía con los anaqueles, los percheros o las baldosas. Todo el mundo sabía qué era de cada cual. La propiedad se había socializado solo para repartirse de nuevo, pero esta vez en forma de miseria.

Sobre toda la sociedad soviética se extendió una sensación de asfixia que apenas dejaba resquicios a la normalidad en la vida diaria. Quienes desempeñaban las tareas de espionaje, de control o de información eran tan víctimas de ese tipo de actividades como los demás. Las consecuencias de la sociedad totalitaria soviética, del control de la vida social y personal,

de la socialización de la intimidad fueron muchas y variadas; y, desde luego, ninguna de ellas positiva. Trascurridos muchos años del experimento, los psiquiatras descubrieron que el índice de esquizofrenias y de paranoias entre quienes se criaron o crecieron en estos apartamentos comunales, o entre quienes pasaron en él décadas de vida es mucho mayor de lo normal. Ninguno de ellos soporta la soledad. Verdaderamente, lo extraño hubiera sido lo contrario.

Los niños como víctimas y como verdugos

La revolución rusa vio, por primera vez en la Historia, la muerte de millones de personas de forma deliberada para la consecución de una finalidad política.⁵ Pero la revolución no terminó con la conquista del poder por parte de los bolcheviques; al menos, no con lo que comúnmente se entiende por tal. A la asunción del gobierno hay que sumarle el periodo posterior del comunismo de guerra y, más tarde, la colectivización y la industrialización forzadas, la limpieza étnica y la persecución por los más variados motivos, reales o inventados.

Como nicho especialmente débil, los niños sufrieron más que los adultos las consecuencias de la locura soviética. Inmersos en la vorágine del milenarismo marxista, les fueron aplicados exactamente las mismas medidas que las que habían afectado a sus padres y familiares. Tal y como recoge la carta que unos obreros le escribieron a Kalinin durante la colectivización de comienzos de los años treinta, para el comunista auténtico aquello apenas suponía algún problema de conciencia:

Los sacaron de los vagones para ganado como perros, y los amontonaron en iglesias y hangares sucios y fríos, tan apretados que no podían moverse. Ahí los tienes, medio desnudos, en el frío, la suciedad, el hambre, los piojos. Cada día mueren por lo menos cincuenta y pronto el número de niños inocentes asesinados asombrará al mundo (ya pasan de tres mil).

5. Algunos otros episodios históricos pueden reseñarse como antecedentes de la revolución bolchevique en este sentido: por ejemplo, la aniquilación de la revuelta campesina de la Vendée en la Francia de 1793 a 1796, llevada a cabo por los revolucionarios, en la que perecieron de forma deliberada varias decenas de miles de insurgentes, hombres, mujeres y niños. Pero ninguno tuvo el carácter permanente del bolchevismo.

A continuación hacen profesión de fe comunista, relativizando la mantanza aunque, en definitiva, poniendo de relieve el carácter criminal de las autoridades:

Si por lo menos, al pisar los cadáveres de los niños, nos estuviéramos acercando al socialismo o a la revolución mundial, podríamos pensar que no se llega al socialismo sin coste pero, de todos modos, no se llega nunca al socialismo [...].⁶

En efecto, más allá del aspecto puramente estético, si el comunista sentía algún tipo de enojo por la masacre contra los niños ello se debía, seguramente, a unos escrúpulos heredados del pasado burgués. El comunista no tenía otra razón para lamentar tales hechos sino la efectividad de las medidas adoptadas que hubieran conducido al asesinato. Las ideas que habían venido circulando hasta entonces sobre el honor o la conciencia eran vestigios de un pasado que había que raer de la Historia; el bolchevismo inauguraba una nueva civilización.

*

Desde luego, no siempre las cosas se mostraban de modo tan descarnado. El asesinato de niños no era sino la consecuencia de una ideología criminal; los bolcheviques no habían dudado en emplear a las criaturas más indefensas para la obtención de sus fines. El propio Stalin, cuando actuaba en Bakú durante su juventud, secuestraba niños para solicitar rescate por su devolución.⁷

De lo que no cabe duda es de que los niños eran la mejor garantía del futuro revolucionario. Podía moldeárseles a voluntad, sin que reparasen en tal circunstancia, ya que carecían de posibilidad de comparación alguna. Por ejemplo, en los apartamentos comunales los niños se relacionaban no solo con otros niños, sino con el resto de familias de un modo que pervertía la naturalidad de las relaciones familiares. La distancia que mediaba entre los niños y los padres y entre los niños y el resto de vecinos del apartamento resultaba mucho menor que la distancia habitual que se produce en estos

6. Werth, N. y Moullec, G.: *Rapports secrets soviétiques 1921-1991*. Paris 1994, pp. 139-140.

7. Montefiore, S.S.: *Llamadme Stalin. La historia secreta de un revolucionario*. Crítica, Barcelona 2007, p. 263.

casos; en consecuencia, los propios padres eran percibidos poco más que como las personas que ponían coto a sus juegos, que les impedían hacer su voluntad o que les imponían obligaciones desagradables como dormir o comer. Imposibilitados para percibir otros aspectos de la tarea paterna, tales como la preocupación, la formación moral o el gasto económico, los niños se desligaban con sorprendente facilidad de sus progenitores y les resultaba más complicado desarrollar un afecto especial por ellos.

La educación del Estado incidía en la necesidad de encajar en el colectivo mediante la represión de uno mismo. En el Estado comunista todo era ideología. Así, los niños jugaban a «Allanamiento y Requisa» y a «Rojos y Blancos», en una elemental reproducción del maniqueísmo social de sus mayores. Como nadie quería ser «blanco», la denominación de cada uno de los bandos, en lugar de preceder al comienzo del juego, era su consecuencia: quien vencía era bolchevique, mientras que el perdedor se veía, de ese modo, doblemente execrado.

La naturaleza totalitaria del comunismo se plasmaba con especial visibilidad en el caso de la infancia. Alrededor de un 20% de los niños entre diez y catorce años estaban alistados en los Pioneros, organización juvenil del Partido Comunista creada por Stalin en 1931. El deporte, las marchas, los cánticos y la camaradería eran la esencia de la organización. La pertenencia a los Pioneros proporcionaba un sentimiento de aceptación irremplazable, razón por la que todos los chicos suspiraban por ser aceptados. Desde luego, no todos lo conseguían, aunque con el paso de los años fuera incrementándose el número de admisiones.

Pero, como todo en la Unión Soviética, tenía su contraprestación. La pertenencia a las organizaciones del partido estaba estrechamente vinculada a la historia familiar. Así, los hijos de *kulaks* o los pertenecientes a familias de la antigua burguesía tenían muy difícil ser admitidos; de ser descubiertos, eran expulsados, y podían darse por satisfechos si todo quedaba en eso. En la URSS el pecado familiar no se borraba nunca (pese a que hubo excepciones, fueron pocas). La expulsión de los Pioneros, en chicos de estas edades, marcaba indeleblemente a los afectados. Un joven podía ser expulsado de los Pioneros por alguna falta real o imaginaria cometida por sus padres. La sociedad «más avanzada del mundo» rehabilitaba leyes medievales, como el *krugovaia poruka* o «mutua responsabilidad», que hacía a los familiares responsables de los delitos de sus hijos,

padres, maridos o mujeres. Stalin extendió este concepto por toda la sociedad, pero ya lo había resucitado Lenin durante la guerra civil, para asegurarse la fidelidad de los oficiales zaristas, a quienes se obligaba combatir a favor del Ejército Rojo.⁸

En realidad, la organización representaba un intento de suplantar a la familia, como Krupskaja, la compañera de Lenin, reconoció. Los principios en los que siempre había educado la «familia burguesa» —esto es, pulcritud, diligencia, honestidad, etc.— fueron ahora retomados por la institución comunista y trasplantados al ámbito del socialismo.

En consonancia con la doctrina oficial, a los niños se les animaba a formar clubes en los que tenían los juguetes en común y, entre ellos, se convertían en jefes los que sobresalían de modo natural. La norma educativa era que «se deben dejar atrás todos los intereses privados y particulares». El objetivo había sido proclamado abiertamente por los propios bolcheviques: «Debemos convertir a los niños y jóvenes en una generación de comunistas. Los niños, como blanda cera son muy maleables [...]; debemos rescatar a los niños de la dañina influencia de la familia [...]. Debemos nacionalizarlos [...] Obligar a la madre a entregar su niño al Estado soviético: esa es nuestra tarea».⁹

Los bolcheviques pusieron todas sus esperanzas en el sistema educativo. Fervorosos creyentes en el carácter determinativo del ambiente en la conformación de la vida de los hombres, era lógico que confiaran en moldear la visión de la existencia a través de la escuela. El marxismo era el marco en el que se encauzaba la explicación de cualesquiera materias, como la religión lo había sido en los tiempos del zarismo. La escuela bolchevique incorporó una novedad que se denominó «taller», y que consistía en la realización de actividades de carácter práctico a modo de complemento de la enseñanza teórica, pues esta se consideraba de menor importancia. Su trascendencia era evidente por cuanto el comunismo había de ser vivido más que explicado en los libros (al menos en estas edades), y de este modo se desarrolló toda una liturgia a la que se incorporaba a los pequeños.

En los jardines de infancia, una de las primeras y principales enseñanzas

8 Rayfield, D. : *Stalin y los verdugos*. Taurus, Madrid 2003, pp. 309-310.

9. Figes, O.: *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*. Edhasa, Barcelona 2009, p. 69.

que debían aprender los «hijos de Octubre» (así se llamaba a los niños) era la de reconocer el retrato del «tío Lenin», empeño que derivó unos años más tarde en la creación de los «rincones Lenin». Se trataba de zonas reservadas al recuerdo del ídolo soviético en el que se le tributaba consideración de dios. Los niños decoraban los retratos del fundador con flores, se elaboraban cuentos y relatos sobre su vida o sus actividades y se recogían relatos veraces o míticos acerca de él.

Pero la relación de los niños con el estado soviético no era solo admirativa: los niños debían reproducir los esquemas del funcionamiento del Estado en la escuela. Las clases estaban militarizadas, como si se tratase de un batallón, en el que todos obedecían las indicaciones que sus mayores realizaban. Los propios alumnos recriminaban a sus compañeros menos comprometidos y a los que se mostraban más remisos a participar en el colectivo. También proliferaban los comités y los soviets, a través de los que se familiarizaba a los niños con las estructuras del mundo adulto.

La inmersión de los niños en las crueldades del universo soviético fue llevada a su extremo. A los críos se les estimuló a denunciar a los compañeros que no cumplían con la normativa, tal y como sucedía en la sociedad de sus mayores. Entre los alumnos más políticamente dispuestos y con mayor capacidad de liderazgo se elegía a aquellos que podían desempeñar el papel con más provecho, y se formaba un remedo de cuerpo de policía al que denunciar las violaciones de los reglamentos. Para rematar la parodia, hasta se celebraban juicios en las aulas.

Causa y consecuencia de tal situación era la ruptura con la familia. La camaradería comunista exigía un grado de entrega a la causa que excluía la lealtad a cualesquiera otras instancias. De lo que sucedía en la escuela, los padres no sabían nada. De este modo, se conformaba un espacio en el que los hijos estaban completamente al margen de la autoridad paterna. Aún más; la ausencia paterna era no solo imprescindible, sino el objetivo del sistema.

Al recordar su paso por el sistema educativo soviético, un antiguo pionero se sentía satisfecho del desempeño en la escuela: «En mi tercer año escolar ya era presidente del comité escolar. Más tarde ejercí de presidente del tribunal de la escuela, de fiscal y de vicepresidente del sindicato escolar [...]. En los Pioneros aprendí a amar a mi escuela y a mi país más que a

mi propia familia. Amaba a la directora de la escuela de nuestra aldea como si fuera mi propia madre [...]».

Pero los comunistas no se conformaban con apartar a los hijos de sus padres. Había que llevar las cosas hasta su lógica conclusión: los niños, consumidos de pasión comunista, prometían heredar el mundo nuevo y expulsar a sus padres de sus vidas y de él. Con perversa inocencia proclamaba la prensa infantil bolchevique: «¡Mamá! ¡Papá! ¡Nosotros os quitaremos el poder...!».¹⁰

*

A principios de la década de los años treinta, los miembros de los Pioneros denunciaban a sus familias con una naturalidad pasmosa. La frecuencia de las denuncias era tal que aquel miembro del grupo que no había presentado alguna contra su familia pasaba entonces a ser considerado como sospechoso. Los padres estaban aterrados por la simple presencia de sus hijos en casa y, desde luego, evitaban hablar de cualquier tema susceptible de ser tenido por incorrecto. Las familias renunciaban a sus creencias tradicionales y religiosas para no comprometerse.

La prensa se llenó de anuncios en los que jóvenes comunistas acusaban a sus familias y abjuraban de ellas. Se anunciaban los nombres de los informantes en los periódicos soviéticos; los que no se inscribían por falta de denuncias terminaban arrestados. Los pioneros eran adoctrinados para considerar que su padre eran las Juventudes y su madre la Madre Patria soviética. Conforme pasaron los años, el mito de la Madre Patria sustituyó al de la Revolución, al menos en parte. La producción cultural soviética se centró en la exaltación de las glorias pasadas de Rusia, el idioma ruso se impuso y el pueblo ruso fue exaltado por encima del resto de las nacionalidades de la URSS. Pero eso, desde luego, no supuso la recuperación de la tradición en el sentido más habitual del término, aunque se hicieran concesiones al albur de la guerra en ese sentido.

En el manual para maestros de 1940 se especificaba: «Hay que enseñar a los niños a odiar a los enemigos de la patria soviética». Por supuesto, esto no era un simple resultado aleatorio (nada lo era en la URSS) sino la piedra angular del sistema. A fin de cuentas, el fiscal jefe de la

10. Figes, O.: *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*. Edhasa, Barcelona 2009, p. 79.

Unión Soviética, Vishinski, había afirmado que «un odio implacable contra el enemigo es uno de los principios más importantes de la ética comunista».¹¹

El odio es el sentimiento más fácil de suscitar y alimentar y, por eso mismo, deja un rastro perfectamente reconocible. En la Unión Soviética, ese rastro puede seguirse con cierta sencillez. Generaciones enteras han quedado marcadas por él, pero en particular por las denuncias que los hijos hicieron de sus padres. Nunca antes se había vivido nada parecido en lugar alguno. Miles y miles de hijos poniendo en la picota a sus propios padres, publicando sus traiciones, señalando sus debilidades o errores.

Nos ha llegado un relato de aquel tiempo, en el que un chico denuncia a su padre y es recibido por sus compañeros de clase y por el profesor. Retrata bastante bien la atmósfera de aquellos demenciales días e insinúa la importancia de la vida que los chicos llevaban en las aulas, lejos de las miradas de sus padres:

«Vasiliev es el orgullo de nuestro colegio», empezó el profesor. «Ha dado un ejemplo que se debe seguir. Es solo un niño, pero ha demostrado ser un ciudadano responsable de nuestro país [...], con vigilancia digna de un auténtico bolchevique, Vasiliev ha descubierto y desenmascarado a un enemigo del pueblo. Por supuesto, ese es el deber de todo ciudadano soviético, tenéis razón. Pero Vasiliev hizo más. Se ha portado como un héroe. Ha superado los prejuicios familiares y ha denunciado a su propio padre.» Vasilev se sentó en clase con su traje nuevo, la recompensa por haber informado de que había visto a su padre leyendo las prohibidas obras de Trotsky.¹²

El pequeño Polia Kobilin recibió una beca del Estado por denunciar a su madre quien, sentenciada como «ladrona de bienes socialistas», fue condenada a muerte. El 21 de mayo de 1934, *Pravda* publicaba este poema en el que la inocente criatura explicaba el asunto:

Tú eres una cruel sabotadora del *koljoz*,
madre; tú eres encarnizada enemiga suya;

11. Overy, R.: *Dictadores*. Tusquets, Barcelona 2006, p. 726.

12. Tzouliadis, T.: *Los olvidados. Una tragedia americana en la Rusia de Stalin*. Inédita, Barcelona 2010, p. 98.

y como tú no amas al *koljoz*,
yo no puedo vivir ya contigo.

En una noche de invierno fría y tenebrosa,
cuando estabas encargada de guardar el trigo del *koljoz*,
fuiste tú misma al granero
para robar el trigo *koljoziano*.
Llevaste una vida ociosa la mitad del verano,
y en invierno, a la caída de la noche,
cambiabas el trigo robado por forrajes,
saboteando así el plan de siembras.

Habitualmente, suele señalarse que la campaña de denuncias familiares comenzó con el caso Morozov, un aspirante a pionero, de quince años de edad, que había denunciado a su padre por *kulak*. En septiembre de 1932, Pavlik Morozov había sido encontrado apuñalado, junto a otro adolescente, en un bosque de la zona de los Urales. Se daba la circunstancia de que los habitantes de la aldea en la que vivían los Morozov eran ferozmente individualistas y ninguno de ellos había entrado a formar parte de la granja colectiva. Todos eran, pues, *kulaks*. Así las cosas, a partir de ese momento la prensa soviética desató una campaña presidida por el histerismo habitual en estos casos, destinada a enaltecer las denuncias de Pavlik y a execrar a su familia.

En la aldea, Pavlik —como buen comunista— se convirtió en un chivato. Sus vecinos, evidentemente, no le tomaron ningún aprecio (aún muchos años después, le conocían como «el joven malvado»). Su propia familia había resultado delatada como consecuencia de las actividades del joven. El padre, Trofim, ostentaba un cargo público en la aldea, pero había abandonado a sus hijos para irse con otra mujer, dejando a los chicos al cuidado de una madre mentalmente inestable. El chico consiguió que su padre fuese condenado a un campo de trabajo, en el que más tarde murió asesinado de un disparo. En las sesiones del juicio, Pavlik se comportó con bravuconería y observó que comenzaba a ser temido por sus vecinos. Aquello se convirtió en un poderoso estímulo para él.

Algunos miembros de su familia le prohibieron la entrada en sus casas, pero eso a Pavlik no le hizo arredrarse. Junto con su hermano de nueve años, se dedicó a denunciar a todos los que hablaban mal de la granja

colectiva o tuvieran un comportamiento sospechoso. A los pocos meses fue cuando aparecieron muertos en el bosque. De inmediato la prensa politizó el asunto, aunque lo más probable es que los chicos hubieran sido muertos por causas completamente ajenas a la política. En todo caso, se culpó a la familia *kulak* Morozov por haber rechazado a los chicos y se organizó una campaña de ámbito nacional en la que el más mínimo atisbo de verdad fue pervertido.

Muerto, Pavlik Morozov fue convertido en héroe de la URSS para el que se pidió (Gorki, entre otros, lo hizo) la erección de una estatua. Además, se compusieron canciones, surgieron clubes, obras de teatros y poemas y hasta películas en las que se exaltaba su figura. Morozov había comprendido que el enemigo puede agazaparse en la propia familia, en el interior de los seres queridos, incluso de uno mismo. Morozov se había convertido en el prototipo de mártir: había sacrificado a su familia por el ideal.

Bien es verdad que el ejemplo de Morozov era visto con desconfianza —y tácitamente rechazado— en las familias normalmente constituidas; pero, en aquellas en las que existía algún tipo de desestructuración, prendió con fuerza. Para muchos mostraba el camino de la emancipación; claro que, para eso, había primero que desviar el malestar desde el Estado hasta la propia familia; lo que, a su vez, era sencillo, precisamente, en las familias en las que existían graves problemas.

En realidad, el caso de Morozov era uno más entre muchos. Ya desde años atrás venían sucediéndose las denuncias de los hijos contra los padres, no solo en la prensa, sino incluso en los tribunales. Cuando se inició el juicio contra los ingenieros de minas acusados de sabotaje industrial en la cuenca del Don, en 1930, un chico de apenas doce años había pedido la pena de muerte para su padre, de quien hasta el momento no había podido presentar queja alguna. Los niños se estaban convirtiendo en verdaderos monstruos; su inocencia, pervertida, se utilizaba contra sus propios padres, que de este modo concebían, parían y criaban a los pequeños vástagos que un día, no muy lejano, les enviarían al Gulag, a la cárcel o al otro mundo.

Como es fácil suponer, aquellos para quienes resultaba más sencillo entender el ejemplo de Pavlik Morozov eran los huérfanos. Huérfanos que, por más que quisieran, no podían ni siquiera concebir en qué podría residir su error. Y en la URSS había millones de huérfanos.

*

Una de las consecuencias más directas e inevitables del carácter inhumano y criminal del régimen soviético fue la gran cantidad de huérfanos que produjo. La revolución seguida de la guerra civil, la colectivización y el terror produjeron una increíble cantidad de víctimas. Aunque la muerte de menores era una consecuencia secundaria de la situación, por simple probabilidad eso significaba la orfandad para verdaderas multitudes de ellos.

La muerte de millones de adultos podía venir acompañada o no de la de los menores pero, en los casos en que no era así, se creaba un problema verdaderamente serio desde un punto de vista meramente práctico. Muchos de ellos no tenían familiares que pudieran hacerse cargo, o bien los tenían pero rechazaban ocuparse de ellos. En la URSS, deshacerse de los familiares era una práctica que se había convertido en habitual; la sociedad comunista era terriblemente insolidaria.

Pero el problema también estaba engendrado por la actitud contraria. En la primera época, entre los años veinte y principios de los treinta, era frecuente que se impusiera la pena de exilio a quienes eran considerados como enemigos del régimen. Generalmente se los enviaba a Siberia, y podían llevar con ellos a sus hijos. Sin embargo, conocedores del futuro que les aguardaba allí, preferían dejar a los niños en el soviét o en la oficina más cercana, e incluso abandonarlos en el campo, antes que trasladarse con ellos en lo que representaba, casi con certeza, una previsible muerte. Una vez abandonados, jamás volvían a verlos o siquiera a saber de ellos.

Los chicos abandonados trataban de valerse por sí mismos y sobrevivir husmeando en la basura y durmiendo en las obras en construcción. Mendigaban de día y robaban de noche, hasta que crecían lo suficiente como para prostituirse, momento en el que pasaban a formar parte de las bandas (si es que no se habían incorporado ya). El problema se disparó en 1934 a causa de la colectivización, y durante ese año y el siguiente se contabilizaron unas 850.000 detenciones de menores; a fin de no desaprovechar el potencial de tamaña fuerza la ley dispuso, en abril de 1935, que los menores pudiesen ser imputados por delitos desde los doce años.¹³

13. Amis, M.: *Koba el Temible. La Risa y los Veinte Millones*. Anagrama, Barcelona 2004, p. 16. *Pravda* publicó la ley en primera página, y el Partido Comunista Francés justificó la medida alegando que, bajo el comunismo, los niños crecían muy deprisa.

El resultado fue que unos cien mil menores entre los doce y los dieciséis años fueron enviados al Gulag durante los siguientes cinco años, en las mismas condiciones que los adultos. En octubre de 1940, se llevó a cabo una segunda gran movilización, esta vez de forma más evidente, que abarcaba a jóvenes de entre catorce y dieciséis años. Se logró captar a casi un millón de chicos, de forma voluntaria en algunos casos y más forzada en otros (y, en muchos casos, mediando un obvio engaño).¹⁴

La colectivización fue, sin la menor duda, uno de los grandes traumas de aquella terrible época, e incluso de todo el siglo xx. En torno a unos cinco millones de ucranianos murieron de inanición a causa del proceso, mientras que la Unión Soviética exportaba trigo. Los menores sufrieron especialmente, y las escenas de muertes masivas de críos de pocos años e incluso meses son muy conocidas. En muchas regiones, las propias madres, enloquecidas, devoraban a sus hijos, tras haberse servido el último cuero de los arneses de las bestias. Llegaron a desenterrarse caballos muertos en el invierno para comer la putrefacta carne. Los adultos murieron por millones, los niños cayeron antes y dejaron de nacer. Un manto de muerte se extendió por la gigantesca región de Ucrania; en el campo dejó de oírse el canto de los pájaros y el correr de los roedores por el entarimado de las isbas. Pronto, no quedaron ni roedores, ni madera en las cabañas.

La rebaja de la edad para considerar la minoría de edad provocó que muchos niños fueran enviados a granjas o industrias, con lo que se aligeró el número de los internados en orfanatos. Pero como esta medida coincidió con el Gran Terror de 1937 y 1938, en realidad se duplicó el número de huérfanos dependientes de estas instituciones, hasta rebasar los seiscientos mil. Además, los ingresados por ser hijos de los encarcelados en las purgas eran considerados como «huérfanos desconocidos» y nadie quería hacerse cargo de los hijos de un «enemigo del pueblo». ¹⁵ Muchos de ellos,

14. Kravchenko, V.: *Yo escogí la libertad*. Editorial Nos, Madrid 1953, p. 372.

15. Tzouliadis, T.: *Los olvidados. Una tragedia americana en la Rusia de Stalin*. Inédita, Barcelona 2010, p. 98. Los hijos de enemigos del pueblo estaban especialmente preteridos por las autoridades. Llegaron a interiorizar su culpabilidad de un modo verdaderamente atroz. Una disidente soviética —habían fusilado a su padre y habían deportado a su madre—, Yelena Bonner, recordaba cómo su hermano de nueve años le razonaba: «Hay que ver cómo son estos enemigos del pueblo. Algunos hasta fingen ser padres».

educados en la más infame de las indiferencias morales, fueron reclutados más tarde como agentes de la policía política o de los campos de concentración.¹⁶ La mujer de Lenin calculó su número en 1923 en la astronómica cifra de ocho millones; y, en 1928, Lunacharski estimó que serían alrededor de unos nueve millones.¹⁷

En la primavera de 1920, el profesor Krysko —residente en la zona de Jarkov— encontró un hallazgo de lo más terrible. Con el deshielo, quedaron al descubierto miles de cadáveres humanos, entre los que se contaban restos de caballos que daban cobijo a numerosos animales, algunos salvajes y otros asilvestrados. Entre ellos se movían cientos de niños tan asilvestrados como los perros que se escondían en el vientre de los equinos. Toda Rusia estaba llena de ellos.

Unos años más tarde, un ilustre visitante británico pudo comprobar la existencia de estos seres degenerados, verdaderas víctimas del poder soviético. Las criaturas estaban animalizadas, vagabundeaban «en grupos, con rostros casi animales, pelo desgreñado y ojos vacíos». Según Muggerridge eran incapaces de articular palabra y vivían «bajo los puentes, deambulando en las estaciones, apareciendo repentinamente como una banda de monos».¹⁸

*

El trato que se brindaba a los huérfanos que resultaban ser hijos de los enemigos del pueblo era cruel en extremo e incluso, si los niños eran pequeños, se les cambiaba el nombre y se les separaba de sus hermanos. Nunca jamás volvían a saber quiénes eran y, en todo caso, lo más que podían sospechar es que, en algún momento, alguien les había dotado de una nueva identidad. Sus maestros y compañeros se encargaban de estigmatizarlos de modo que nunca olvidasen cuál era su procedencia. Los más humanos de entre sus mayores podían guardarse su sarcasmo y privarse del ensañamiento pero, en el mejor de los casos, mostraban una absoluta indiferencia hacia ellos.

En los orfanatos, los niveles de hacinamiento eran espantosos; la suciedad, el frío y el hambre eran los compañeros inseparables en estas institu-

16. Rayfield, D.: *Stalin y los verdugos*. Taurus, Madrid 2003, p. 349.

17. VV.AA.: *La revolución y su destino*. Magisterio español, Madrid 1967, p. 125.

18. Muggerridge, M.: *Chronicles of Wasted Time: The Green Stick*. London 1975, p. 243.

ciones. El grado de deterioro de las mismas es, sencillamente, inimaginable: «No se podía entrar a las letrinas: los pisos estaban cubiertos de mierda líquida hasta la altura de los tobillos [...], era realmente como estar atrapado en el infierno [...]». La mujer que presta tal testimonio era hija de un «enemigo del pueblo»: «El patrón de la casa no dejaba de repetirme: No olvides lo que son tus padres. No des problemas», y, como recordándole el carácter hereditariamente indeleble que los delitos tenían en la URSS, proseguía aconsejando a la pequeña: «Quédate quietecita ahí sentada y no andes metiendo tu nariz de espía donde no te incumbe». Seguramente aquél hombre no tenía nada contra la criatura. El comunismo aseguraba un trato tan igualitario como solo el horror y la muerte pueden serlo. Y él no era, a fin de cuentas, más que un miserable heraldo de provincias.

La infinita tristeza gris del comunismo lo envolvía todo. En los orfanatos, particularmente. Un testigo de aquellos días relata el trato que la sociedad «más avanzada del mundo» prodigaba a los pequeños:

Vi cómo las enfermeras despertaban a los niños por la mañana. Los sacaban de la cama a patadas y los empujaban a golpes, les arrancaban los camisones con insultos y los bañaban con agua helada. Los niños ya no podían ni llorar. Resoplaban suavemente como los ancianos y exhalaban un silbido profundo y grave. A veces, ese horrendo silbido sonaba durante días cerca de los catres. Los niños que ya tenían edad para caminar o gatear permanecían tumbados sobre sus espaldas, con las rodillas apretadas contra el estómago y hacían ruidos extraños, como el gorgojeo ahogado de los pájaros [...].

El régimen comunista, fiel a su consideración del ser humano, animalizaba a los pequeños. Tras aniquilar a sus familias, les privó del más mínimo cariño ni sentimiento. Los niños eran separados de sus madres a partir de los nueve meses, después de haber dejado de mamar. Los que sobrevivían se convertían en salvajes, incapaces de emitir nada más que gruñidos, mientras observaban cómo cada día se llevaban los cuerpos inertes de docenas de sus pequeños compañeros.

Nadie les protegía, y su entorno era completamente frío y hostil. La más mínima muestra de atención por parte del personal era vista con extrema desconfianza, de modo que las encargadas dispensaban un trato de lo más aséptico. Nuestra informante recuerda cómo las enfermeras

solo se ocupaban de sus propios hijos, mientras que los demás niños eran tratados como ganado. Literalmente: «La enfermera traía un cuenco humeante de avena cocida de la cocina. Cogía al niño que tenía más a mano, le ataba los brazos a la espalda con una toalla y comenzaba a cebar al crío con cuchara tras cuchara de comida, no dándole casi tiempo a tragar, como si estuviera cebando un pavo».

Con tales métodos y tal alimentación, en lugar de crecer, los «pavos» encogían hasta volverse minúsculos. Sus rostros se afilaban, se volvían terrosos y se apagaban, por lo general, en poco tiempo. Era necesario que así fuera, para dejar sitio a los que, estaba previsto, serían enviados en cuanto notificasen la disponibilidad de espacio en la institución.

Ella misma tuvo una hija estando en los campos. Y nos ha dejado un relato lo suficientemente ilustrativo de la consideración que la Unión Soviética profesaba a los seres humanos:

Nuestra necesidad de amor, de ternura [...] era desesperante, rayana en la locura. Todas queríamos un hijo [...] Cuando tuve una hija deseé con todo mi corazón que existiera un Dios [...], rogaba que me liberaran junto a ella, aunque tuviese que arrastrarme y mendigar [...]. No había dado todavía sus primeros pasos, apenas le escuché decir sus primeras palabras, ese primer «mamá» que llena de sol el corazón [...] y nos subieron a un camión de carga y nos transfirieron a un campo «para madres». Y allí, mi rollizo angelito de cabellos dorados pronto se convirtió en un fantasma pálido de profundas ojeras violáceas y llagas en los labios [...].

Cuando la niña enfermó fue enviada al hospital del centro y la madre la encontró cubierta de moratones. «Nunca olvidaré el modo en que me tomó del cuello con sus manitas escuálidas y gimió: “¡Mamá, vamos a casa!”. No había olvidado el barracón infestado de bichos donde había llegado al mundo.»

Pero, pese a su escasa edad, la pequeña pronto se dio cuenta de que jamás volvería a su «casa» y, al poco tiempo, una indiferencia literalmente mortal se adueñó de ella:

Ya no extendía los brazos hacia mí cuando iba a visitarla: me daba la espalda sin decir nada. Su último día de vida, cuando la alcé para amamantarla, se quedó mirando al vacío con los ojos muy abiertos,

después presionó sus pequeños y débiles puños contra mi mejilla, se prendió a mi pecho y lo mordió. Luego señaló hacia su camita. Esa tarde, cuando volví con mi carga de leña, su catre estaba vacío. La encontré en la funeraria. Desnuda, entre los cuerpos de los prisioneros adultos [...].¹⁹

En la URSS no se escondía la existencia de estos lugares, que albergaban cientos de miles de personas; por el contrario, se admitió abiertamente, si bien se transformó la verdadera naturaleza del trato que allí se dispensaba a criaturas como la que tuvo esta desdichada madre. La miseria de las instituciones y el deplorable estado de sus instalaciones fueron transformados por la propaganda comunista en algo susceptible de despertar la envidia del mundo civilizado.

De un orfanato muy similar al que más arriba referíamos, han quedado las siguientes notas en el archivo del Gulag: «El sol brilla en la patria estalinista. La nación rebosa de amor por los líderes, nuestros maravillosos niños son felices, todo nuestro joven país es feliz. Aquí, en amplias y tibias camas, duermen los nuevos ciudadanos de nuestro país. Después de haber comido, duermen apacibles, y sus sueños son felices».²⁰

En las paredes de todos los orfanatos de la URSS colgaba una fotografía en la que un sonriente Stalin («el mejor amigo de las familias soviéticas») sostenía a una hermosa niña en los brazos. Debajo podía leerse una inscripción: «Gracias, camarada Stalin, por una infancia feliz». En vida real, la niña que Stalin levantaba jubiloso era huérfana. Sus padres habían muerto durante el Terror.

Y, en verdad, a las niñas que sobrevivían a los primeros años se les enseñaba una dulce canción: «Soy una niña pequeña, canto y juego [...]. Nunca he visto a Stalin, pero le doy mi amor todos los días [...].»²¹

19. Figes, O.: *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*. Edhasa, Barcelona 2009, pp. 506-508.

20. Applebaum, A.: *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*. DeBols!llo, Barcelona 2005, p. 331.

21. Tzouliadis, T.: *Los olvidados. Una tragedia americana en la Rusia de Stalin*. Inédita, Barcelona 2010, p. 203.